ACADEMIA CHILENA DE LA HISTORIA

RAMON SOTOMAYOR VALDES

HISTORIA DE CHILE
BAJO EL GOBIERNO DEL GENERAL
DON JOAQUIN PRIETO

III

FONDO HISTORICO PRESIDENTE JOAQUIN PRIETO
SANTIAGO DE CHILE
1980

Capítulo Decimoséptimo

El ejército protectoral emprende un movimiento de avance mientras el ejército restaurador se retira aparentando evitar un combate.—Una pequeña división de éste es alcanzada por el enemigo.—Combate de Buin.—Juicio sobre esta acción de armas.—El ejército restaurador organiza su campamento en San Miguel.—Junta de guerra del 12 de enero.—El Protector después de ocupar a Yungay pide una entrevista al general Bulnes y éste la rehúsa.—Relación del combate naval de Casma.—Actitud de Santa Cruz después de los sucesos de Buin y de Casma.—Se resuelve que el ejército unido ataque al protectoral en Yungay.—Itinerario entre el campo de San Miguel y Yungay.—El campamento de Yungay.—Orden de marcha del ejército restaurador en la mañana del 20 de enero.—Primeras escaramuzas.—Ataque y toma del Pan de Azúcar.—La sargento Candelaria (nota).—El Colchagua y parte del Portales traban reñidísimo combate con el batallón 4º de Bolivia.—El general Elespuru es herido de muerte.—Se empeña la batalla con toda la línea enemiga.—La Victoria se declara por el ejército restaurador.—Pérdidas de una y otra parte.—Bulnes y Gamarra ante el ejército triunfante.—Organizan la persecución de los restos dispersos del ejército protectoral.—Gamarra y Lafuente en Huacho resuelven expedicionar sobre Lima.—Las autoridades y guarnición protectorales abandonan la ciudad, que es ocupada por Lafuente y luego por el Presidente Gamarra.—Santa Cruz en Lima cuatro días después de su derrota.—Su proclama a los pueblos confederados.—Riva Agüero promueve una acta entre los vecinos de Lima y se embarca en el Callao con los generales Miller y Necochea.—El protector en Arequipa.—Pronunciamiento del pueblo con motivo de la batalla de Yungay y de las revoluciones ocurridas en Puno y en Bolivia.—Santa Cruz renuncia el protectorado de la Confederación y la presidencia de Bolivia.—Se retira de Arequipa en dirección a Islay, y habiéndose sublevado en el camino el batallón que lo escoltaba, huye y logra llegar a dicho puerto.—El vicecónsul de Inglaterra Crompton asila al ex protector y le facilita su embarque en el barco de guerra británico *Samarang*, que lo conduce a Guayaquil.

El 3 de enero llegó a Huaraz la noticia de que el ejército enemigo se había movido el día anterior y se dirigía a Recuay (1). El mismo día llegaba al cuartel general el Presidente Gamarra, quien al informarse de la marcha emprendida por Santa Cruz, se mostró en extremo satisfecho y arengó al ejército en términos llenos de calor y entusiasmo. "Al presentarme entre vosotros (dijo en una proclama a los soldados) os anuncio una nueva que para todos debe ser tan plausible como lo es para mí. El general Santa Cruz, agrupando su ejército en frente de nuestro campamento, da muestra de disponerse a presentarnos una batalla... una batalla... Está aceptada... Mi larga y trabajosa carrera militar va a poner término del modo más ilustre que habría podido nunca apetecer, dando nuevamente independencia a mi patria a la cabeza del más moral y bravo de los ejércitos".

El 4 de enero el ejército del Protector ocupó el pueblo de Recuay, mientras el restaurador, reconcentrado casi todo en el vecino pueblo de Huaraz, se preparaba a continuar su marcha retrógrada, en conformidad con el plan de su general en jefe, mas no sin aguardar a tener a la vista al enemigo, pues Bulnes quería

(1) Dos parlamentarios había enviado sucesivamente el general Bulnes a Chiquián, con el achaque de proponer un canje de prisioneros, pero en realidad, con el objeto de averiguar el monto de las fuerzas enemigas y su probable movimiento. El primero de estos parlamentarios había vuelto con sólo la noticia de que Santa Cruz era esperado de un momento a otro en Chiquián, y de haber tenido una conferencia con el general Morán, en la que éste le manifestó estar disgustado de su puesto en las filas del Protector, y que sólo el honor militar lo obligaba a continuar la campaña. El segundo parlamentario, que fue el inteligente capitán Araneda, se dirigió a Chiquián el día mismo que se supo en Huaraz la llegada del general Santa Cruz. Araneda llegó a Chiquián en los momentos que el ejército protectoral se movía sobre Recuay, no por el camino real, sino por las alturas del flanco izquierdo del camino. Encontrado poco antes de entrar a dicho pueblo, Araneda fue aprehendido por sospechoso juntamente con tres lanceros que los escoltaban, y puesto en rigurosa prisión con centinela de vista. Sólo después de seis días pudo restituirse al campamento de San Miguel y allí refirió que había logrado contar todas las fuerzas enemigas, que, según su cálculo, pasaban de cinco mil hombres (Diario militar de Placencia).

contemplarlo de cerca y no cederle el terreno sino lentamente, y aun escaramuceando y tiroteándose con él (2). De esta manera sólo a las doce del día siguiente, cuando las avanzadas del ejército protectoral estaban a la vista de Huaraz, Bulnes emprendió la marcha para Carhuaz con los batallones Colchagua y Santiago y la división del general Torrico, es decir, los batallones Portales, Carampangue y Valdivia y una parte del escuadrón Lanceros. A la misma hora la ciudad era ocupada por la descubierta enemiga.

El 6 los referidos cuerpos del ejército restaurador, que habían pasado la noche del 5 en vivac en Mascará, llegaban a Carhuaz a las diez del día, y dos horas después el general Bulnes disponía que los batallones Aconcagua, Santiago, Colchagua y Valparaíso desfilasen para Yungay a las órdenes del jefe del Estado Mayor General, quedando todavía en el pueblo la última división, compuesta de los batallones Carampangue, Portales y Valdivia y del escuadrón Lanceros, con los generales Torrico y Castilla. Como a las tres de la tarde salía de Carhuaz esta fuerza, cuando la partida de observación que había retaguardia, dio aviso de que el enemigo estaba a la vista a cosa de media legua de la población. El general Bulnes mandó inmediatamente acelerar la marcha, y poniéndose a la cabeza se los Lanceros, marchó acompañado del general Castilla, a practicar un reconocimiento del enemigo; pero encontrándolo ya muy inmediato al pueblo, hubo de contramarchar, sin poder descubrir su fuerza total, y sólo pensó en asegurar su retirada. Desde Carhuaz al norte, en el espacio de más de una legua, el Callejón de Huailas se estrecha y encajona por la proximidad de los ribazos y ondulaciones de las dos cordilleras que lo limitan, y por el fondo de este cajón corre el camino real, que en uno de sus trechos más angostos y a la distancia de una legua de Carhuaz, se halla interceptado por el barranco profundo del río Buin, que baja de la cordillera oriental y se vacia en el Santa. Al llegar a Carhuaz con todo su ejército, supo el Protector, con la deseable precisión, la forma y circunstancias en que el enemigo iba ejecutando su contramarcha, por lo cual no podía menos

(2) Diario Militar de Placencia.

de ceder a la tentación de acometerlo con muy poco peligro y con la casi seguridad de convertir su retirada en desastre; y así precipitó sus avanzadas en persecución de los últimos cuerpos del ejército contrario. Desfilaban éstos con gran dificultad por la estrechez y mal estado del camino. Iba por delante el bagaje de cargas, parque, enfermos, etc., y en pos el Valdivia, el Carampangue y el Portales, cerrando la columna el escuadrón Lanceros con la compañía de cazadores del Carampangue.

Sobrevino entre tanto una de estas tempestades tropicales que al cabo de pocos momentos convierten en lagos los bajíos y en torrentes los caminos, sobre todo aquellos donde, como en el que llevaba la división chilena, van a rematar las faldas y numerosas quebradas de vecinas serranías; de suerte que los soldados marchaban empapados con el agua a las rodillas, y en esta situación llegaron hasta el estrecho de madera, rústicamente construido, que unía sobre el camino las dos riberas del Buin y que era preciso atravesar. El momento no podía ser más crítico; pues el enemigo se acercaba por dos caminos que había en las laderas de los cerros y conducían al puente donde se hallaba atascada la división chilena. El general Torrico ordenó entonces al Valdivia situarse en la cima de un ribazo que dominaba el puente del Buin, y al Carampangue formarse en columna en la pendiente del mismo cerro. Inmediatamente se dejó ver a tiro de fusil, sobre el camino real una descubierta enemiga, y luego sobre la derecha tres compañías de cazadores protegidas por un batallón. En esta situación era inminente una batalla con todo el ejército protectoral, sin que a la columna chilena le quedara otra retirada que la travesía del desfiladero que tenía adelante. El general Bulnes procuró entonces obviar este peligro, y anotando que el camino estaba algo más desembarazado por haber logrado seguir adelante el bagaje de cargas y enfermos, ordenó que los batallones Valdivia y Carampangue atravesaran el puente protegidos por sus respectivas compañías de cazadores, y tomaran posición al lado opuesto enfrente del desfiladero, juntamente con el Portales y el escuadrón Lanceros, que acababan de desfilar.

Mientras esta operación se verificaba, las dos compañías des-

tinadas a protegerla fueron vigorosamente atacadas, y como tuviesen orden de replegarse tan pronto como se terminara el paso del puente, emprendieron su retirada, sin dejar de contestar el nutrido fuego del enemigo. Dos veces intentó éste en las primeras horas del combate apoderarse del puente; pero sus columnas fueron rechazadas y aun perseguidas a la bayoneta al través de los riscos del escarpado barranco por un puñado de bravos, entre los cuales estaba Colipí, el mismo que poco antes había defendido con tanto heroísmo el puente del Llaclla y que por su denuedo en el Buin fue llamado por sus compañeros de armas el héroe de los puentes. En uno de estos ataques cayó herido el general Guarda, quien colocado en la vanguardia de la división del general Morán, intentó, a la cabeza de una columna escogida, apoderarse del puente a toda costa. Mientras el teniente Colipí, con sólo cuarenta cazadores resistía obstinadamente en la margen izquierda del río, los tres batallones referidos desplegados en batalla en la margen derecha y con los Lanceros a retaguardia, cruzaban sus fuegos, río por medio, con el enemigo, que por momentos iba llegando y engrosando más y más sus filas de combate.

El general Bulnes llegó a acariciar la idea de una batalla formal con todo el ejército de Santa Cruz, que constaba próximamente de siete mil hombres, y dispuso con este motivo la contramarcha de los cuerpos que horas antes habían partido para Yungay. El campo en que acababa de colocarse ofrecía mayor espacio para el juego y maniobra de la caballería e infantería, como que a retaguardia de la línea en que había situado sus fuerzas, se explayaba el llano de una heredad conocida con el nombre de *Malpaso*. A las cinco y media de la tarde llegaba al campo del combate el batallón Valparaíso, que entró a reemplazar al Valdivia, por habérsele agotado a éste las municiones. Al fuego de fusilería agregó entonces el enemigo el de su artillería, pero sin ningún acierto. Al anochecer llegaba el batallón Colchagua; pero en aquellos momentos el fuego enemigo, debilitándose más y más, había cesado del todo. El ejército del Protector se retiró, dejando sólo algunas partidas de observación cerca del río.

Colipí, que con sus pocos cazadores había quedado dueño del

puente disputado, lo cortó, cuando aún no se retiraba el enemigo; y este acto que el bravo araucano ejecutó de propio dictamen, pero en consecuencia de la orden general impartida antes al ejército de destruir los puentes que fuera dejando en zaga, contrarió al general Bulnes, quien al verse reforzado por los batallones Valparaíso y Colchagua y al advertir el talante marcial y excelente disposición de toda su tropa para combatir, había resuelto acometer de frente al enemigo. Inutilizado el puente, se buscó un vado en el río; mas fue necesario renunciar a atravesarlo, pues la extraordinaria crece causada por la lluvia torrencial de horas antes, hacía punto menos que imposible su paso. A las once de la noche prosiguió, pues, el general Bulnes su movimiento de retirada, después de hacer considerable daño al enemigo y sin más pérdida de su parte que dieciséis muertos y cuarenta y nueve heridos (3).

(3) Parte del general Bulnes al Presidente Gamarra, en el Diario Militar de Placencia. "En las cargas del puente (leemos en dicho parte) se hicieron siete prisioneros y gran número de muertos, consistiendo nuestra total pérdida en 16 de éstos y 49 heridos, inclusos 3 oficiales. La del enemigo ha sido exclusivamente mayor, a que añadiendo el gran número de dispersos que sabemos han tenido, la podemos calcular en 400 hombres". Bulnes elogia en este parte, por su extraordinaria intrepidez, particularmente en los ataques del puente, a Colipí y al teniente Aguirre al "siempre bravo" mayor del Portales don Juan Torres, y "los no menos valientes" capitán don Antonio Faez, teniente Gallardo, del Valdivia, subtenientes del Portales don Juan Goñi y don Fermín Alvarez. Termina el parte recomendando por su distinguido mérito al general don Ramón Castilla y a los comandantes de los tres batallones en acción (el Portales, el Valdivia y el Carampangue), a saber: el teniente-coronel don Manuel García y los sargentos-mayores don Manuel Zañartu y don Pedro Gómez.

Por una orden del día decretó el general Bulnes un escudo de ventaja a los oficiales e individuos de tropa que se distinguieron en el combate del Buin, y dio el grado de subteniente al sargento del Carampangue José Segundo Robles. El gobierno de Chile ratificó esta medida.

En la *Historia de la Campaña del Perú en 1838*, al terminar la relación del combate de Buin, se dice que "se recogieron los heridos, que eran 220, más o menos, y se arrojaron 93 muertos al torrente". El autor añade en una nota: "Para fijar con exactitud el número de heridos y de muertos, nos hemos dado el trabajo de comparar las listas de revistas de antes y después de la batalla, que existen en la inspección general del ejército".

"Nuestros batallones, (dice Placencia en su diario militar) llegaron a Yungay a las cuatro de la mañana, llenos de un noble orgullo y con la conciencia de la fuerza que les sabía suministrar su corazón. En el choque han manifestado calma, ardimiento y obstinación, y arrebatados de su impulso natural querían pasar el torrente y precipitarse sobre los enemigos a la bayoneta. Sus jefes hicieron esfuerzos para contenerlos, y el velo de la noche puso término a su osadía y al sentimiento natural de no poder vengar prontamente la sangre de sus camaradas" (4).

Se ve, pues, que este cálculo de los muertos y heridos sobrepuja con mucho al número que de unos y otros expresa el parte del general Bulnes a Gamarra (16 muertos y 49 heridos). Aunque esta cifra en realidad parece bastante baja y no guarda congruencia con el apretado y peligrosísimo trance que cupo a los tres cuerpos que se batieron en Buin, nos ha parecido racional el aceptarla, en atención a no encontrarla contradicha ni rectificada en ningún documento oficial posterior, y a la honradez y veracidad con que de ordinario se distingue la correspondencia oficial y privada del general Bulnes durante toda esta campaña, y que tan raro contraste forman con los documentos protectorales, donde casi nunca se expresa ingenuamente la verdad. Por otra parte, no creemos que la comparación de las listas de revistas anteriores y posteriores a una batalla, sea un medio bastante seguro de comprobar las bajas que en muertos y heridos haya podido experimentar un cuerpo cualquiera de tropa militar.

(4) En la víspera de este combate, es decir, el 5 de enero, el general Quirós, jefe del Estado Mayor del ejército confederado, dirigía al gobierno de Lima un parte oficial para darle noticia de la *fuga vergonzosa* del enemigo. En dicho parte decía: "Muchos enfermos en los hospitales, dispersos, pasados y prisioneros han quedado en nuestro poder, con algunas cargas que alcanzó la columna ligera. El mayor cuidado del enemigo en su fuga, ha sido romper todos los puentes que dan pasos precisos al río de este callejón, que hoy es caudaloso, y sólo así ha podido detener en alguna manera la activa persecución de nuestras columnas. Mañana lo seguiremos hasta obligarlo a aceptar una batalla que rehúsa o a que aumente la desorganización, si continúa huyendo". *El Eco del Protectorado.*—Número extraordinario de 11 de enero de 1839.— Historia de la campaña del Perú en 1838.

La noticia del combate de Buin fue muy celebrada en los primeros momentos en la ciudad de Lima; mas luego el mismo gobobierno de Riva Agüero, informado, a lo que parece, de la verdad de las cosas en lo referente a dicho combate, hizo cesar las manifestaciones de regocijo oficial.

Se ha censurado con mucha razón la conducta militar de Santa Cruz en este trance peligrosísimo para el ejército chileno, al que pudo vencer o dispersar, si no le hubiesen faltado la perspicacia y la resolución. Pudo, en efecto, el Protector, ya que contaba con fuerzas harto más numerosas, repetir los ataques al puente del Buin, hasta apoderarse de él; pudo todavía, mientras se empeñaba la lucha sobre este puente, dirigir su caballería intacta y buena parte de su infantería por otro puente de piedra que a una legua más arriba tenía el mismo río, supuesto que no pudiera vadearlo y envolver de esta manera por retaguardia la escasa fuerza de que disponía el general Bulnes. Este movimiento podía ser practicado y consumado mucho antes que regresasen al campo de batalla los batallones que con anticipación de cerca de cuatro horas habían partido para Yungay (5). Pero, si en esta ocasión fue censurable la conducta del general Santa Cruz, preciso es convenir en que el jefe del ejército chileno cometió una imprudencia gravísima al demorar tanto su partida con la escasa división de retaguardia, sabiendo que el enemigo con el grueso de sus fuerzas corría en su alcance. Verdad es que el general Bulnes con su admirable serenidad, con sus medidas acertadas y el humor belicoso que sabía exitar en sus soldados, pudo esta vez conjurar los peligros de su temeridad, y aun dar una lección de escarmiento al enemigo; pero es indudable que, a ser éste algo más advertido y audaz, habría hecho pagar, bien cara su temeridad al general del ejército restaurador.

Bulnes, entre tanto, satisfecho de su aventura, a la que dio aun mayor importancia que al combate de Guía, que le había dado la posesión de Lima, sintió acentuarse más en su corazón el presentimiento de un triunfo próximo y definitivo, y proclamando a sus soldados, les dijo, "Vuestros compañeros de la reserva han vencido ayer en el puente Buin. Tenían contra sí la superioridad del número, la de las armas, la posición y hasta los elementos; pero todo lo han superado con heróica constancia y con su acostumbrado valor. Gracias le sean dadas por la Patria... Os anuncio

(5) Placencia.—Diario militar.

un próximo triunfo: el será grande y glorioso como lo es vuestro valor. Otro esfuerzo más de vuestra parte, y desaparecerá de este precioso suelo la detestada Confederación. Sabéis que he participado siempre de vuestros riesgos y privaciones, y os daré como hasta aquí el ejemplo, conduciéndoos a la victoria".

Al mediodía del 7 se hallaba en Caraz el ejército restaurador, y pocas horas después llegaba el batallón Cazadores del Perú, que iba de Trujillo con el general Raigada y el coronel Frisancho. Era ya tiempo de organizar el campamento en el lugar elegido de la próxima hacienda de San Miguel. "Inmediatamente el general Cruz con el coronel Placencia establecieron la línea del modo siguiente: el batallón Aconcagua formó a retaguardia del atrincheramiento, apoyando su derecha al río y a dos piezas de montaña, que batían de flanco las columnas enemigas. A su izquierda se situó el Santiago, al cual seguía el Carampangue. Entre estos dos últimos batallones se dejó un claro, para que una columna de caballería pudiese salir al frente en formación de mitades. En la casa o llámese el centro de la línea, estaban cuatro piezas de montaña; al flanco izquierdo se situó el batallón Huailas, al que le siguió el Valparaíso, quedando entre estos dos un intervalo para que, desembocando otra columna de caballería obrase en orden paralelo con la anterior que se indicó, y a su lado Valdivia, que con su izquierda tocaba a la altura del este de la posición, y a su retaguardia tenía otras dos piezas de montaña que cruzaban sus fuegos por toda la extensión del frente de la línea. A la retaguardia del centro o de la casa se colocaron ocultos y de reserva los batallones Portales y Colchagua. La caballería se acantonó en potreros cerca del pueblo; pero se indicó que en caso de un ataque los tres escuadrones de cazadores a caballo formarían a la izquierda de la reserva, y los carabineros lanceros y granaderos a la derecha, frente a los claros ya expresados (6).

En esta situación se mantuvo el ejército unido, enviando sus avanzadas hasta Yungay, en observación de los movimientos del enemigo, que a juzgar por algunas apariencias, era de presumir

(6) Placencia.—Diario cit.

que quisiera acantonarse en Carhuaz, pues emprendió la reconstrucción del puente que sobre el Santa tenía dicho pueblo, y que la tropa chilena acababa de destruir en su retirada; y era notorio además que el ejército del Protector contaba con los víveres y recursos de la provincia de Conchucos y demás pueblos situados a su retaguardia.

Con este motivo se celebró el 12 de enero una junta de guerra en el alojamiento del Presidente Gamarra, en la cual expuso éste que, habiéndose conseguido ya atraer el ejército confederado al Callejón de Huailas, que era uno de los dos puntos capitales consultados en el plan de campaña del general Bulnes, no creía prudente para conseguir el otro, esto es, para batir al enemigo en el campo de antemano elegido por el ejército restaurdador, permanecer en la inacción o en una actitud expectante, pues en pocos días más iban a faltar los recursos para el mantenimiento de la tropa y de las caballerías, mientras otra parte, las enfermedades debilitaban diariamente las filas activas de los cuerpos. Y así era de parecer que el ejército tomara la ofensiva, fiando a su energía y valor el resultado.

La junta de guerra aceptó unánimemente esta opinión; mas antes de fijar un plan definitivo de ataque, creyó conveniente aguardar algunas horas más, por si nuevos accidentes o nuevos datos referentes a la actitud del enemigo, despejaban más la situación (7). Como el día siguiente (13) moviese Santa Cruz todo su ejército de Carhuaz a Yungay, creyóse que la cuestión iba a resolverse en el campo de San Miguel; pero inútilmente se dispuso todo aquí para una batalla que se creía inminente. Todo el día 14 pasó el ejército restaurador sobre las armas, sin que el protectoral avanzase un paso de Yungay. El 15 a las cinco de la tarde se presentó en uno de los puestos avanzados de San Miguel, un parlamentario con comunicaciones de Santa Cruz al general Bulnes; en ella, pedía el Protector al jefe del ejército chileno, una entrevista en el paraje que quisiera designar. Bulnes, impaciente ya por una batalla y sospechando que la intención del Protector no era

(7) Placencia.—Diario cit.

otra que diferirla, mientras aumentaban las penurias necesidades del ejército restaurador, rehusó terminantemente la entrevista solicitada.

Mientras en el cuartel general de San Miguel se comentaba esta extraña táctica del general Santa Cruz, llegándose hasta el convencimiento de que el jefe de la Confederación Perú-Boliviana no quería batirse, sino aguardar a que las enfermedades, la desnudez y el hambre diesen cuenta del ejército enemigo, llegaba al anochecer del mismo día el parte oficial de un bello triunfo alcanzado el 12 del mismo mes en las aguas de Casma, por unas pocas naves chilenas, contra la escuadrilla corsaria del Protector.

Recordemos que, después de la captura del *Arequipeño*, la dicha escuadrilla continuó hacia el norte, llevando su presa marinada de nuevo y lista para combatir, y el transporte *San Antonio*, en donde había arrestado a los prisioneros del *Arequipeño*. Proponíanse los corsarios llegar hasta Paita, en donde se encontraban la *Libertad* y la *Socobaya*. En el camino lograron todavía capturar y quemar dos buques mercantes.

Iban por la altura de Santa, cuando les salió al encuentro el comandante Simpson, aunque sólo disponía de dos barcos, con los que poco antes se había apostado en aquel puerto. En el momento de estallar los primeros fuegos del combate, en medio de una atmósfera brumosa, llegaba el capitán Bynon, quien, según ya referimos, sabedor del movimiento de los corsarios, había resuelto regresar del Callao con su división en amparo de la marina chilena. Bynon, reconocido apenas el campo, arremetió con todos sus bríos, y al ver que los corsarios emprendían su retirada hacia el sur se lanzó en su persecución, sin poder darles alcance, hasta que en la noche los perdió de vista, habiendo logrado sólo apoderarse del *San Antonio* y poner en libertad a sus prisioneros.

Era de temer, entre tanto, que los corsarios intentasen un golpe de mano sobre las costas de Chile, mal guardadas a la sazón, y con este motivo fue comisionado el mismo Bynon para hacer el crucero en dichas costas con el *Aquiles*, la *Janequeo* y la *Colocolo*. En los primeros días de enero tocó esta escuadrilla en Talcahuano y siguió luego a Valparaíso, sin encontrar enemigos. Y como en

aquellos días se estuviera organizando en Concepción una división auxiliar para el ejército restaurador pensó el Gobierno mandarla escoltada por las naves de Bynon (8).

Ya veremos luego cómo los sucesos, anticipándose a las previsiones del Gobierno, ahorraron el envío de este nuevo contingente de fuerza.

La escuadrilla corsaria después de su retirada de Santa, recaló en el Callao con la mira de aumentar su equipo y salir otra vez provista de todo género de recursos. No tardó, en efecto, en emprender nueva expedición con cuatro barcos (la *Edmond*, el *Arequipeño*, la *Mexicana* y la goleta *Perú*) dotados de abundante marinería y gruesa y bien escogida guarnición, acariciando la esperanza de hallar exparcida la escuadra chilena y humillarla en dos o tres golpes sorpresivos.

Hizo la casualidad que, después de haber reunido y concentrado sus fuerzas en Santa los comandantes Postigo y Simpson, marchara éste a la caleta de Casma con la *Confederación*, la *Valparaíso* y la *Santa Cruz* para hacer provisión de leña, en la inteligencia de que los enemigos permanecían en el Callao. Simpson hizo desembarcar en Casma un piquete del Carampangue, que al mando del teniente don Andrés Campos, formaba la guarnición de los buques. Pasóse el primer día en la tarea de acopiar leña, sin novedad alguna; mas al medio día del siguiente (12 de enero), un vigía daba parte de que se columbraban velas al parecer enemigas. Era la escuadrilla capitaneada por Blanchet. Simpson puso inmediatamente sus barcos en son de combate y despachó por tierra un correo a Santa para comunicar a Postigo lo que ocurría. Dos horas después, los buques enemigos se presentaban en el puerto y con extraordinario arrojo se dirigían a los chilenos en actitud de abordaje. La corbeta *Edmond* mandada por Blanchet y el *Arequipeño* se estrecharon sucesivamente a la *Confederación*, que mandaba Simpson y que, por orden de éste, se había colocado a vanguardia de los otros dos buques, dejando el uno a la derecha y el otro a la izquierda. En el primer choque perdió la *Confedera-*

(8) Historia de la campaña del Perú en 1838.

ción todo su aparejo de proa, en tanto que recibía el fuego inmediato que desde cubierta le hacían los tripulantes de la *Edmond* y del *Arequipeño* y el que, a mayor distancia, le enderezaban la *Mexicana* con sus dieciocho cañones y la *Perú*. Pero el vivo fuego de las baterías y tropa de los barcos de Simpson inutilizó tamaños esfuerzos. Después de enredarse y batirse a quemarropa con la *Confederación*, sin lograr poner un pie a su bordo, la *Edmond* y el *Arequipeño* intentaron abordar la *Santa Cruz*, sin mejor resultado, pues no pudieron vencer la resistencia de los marineros y soldados de la barca. Al fin de dos horas de combate a tiro de pistola, el *Arequipeño*, completamente desarbolado, con trece muertos, incluso su comandante y setenta prisioneros, muchos de ellos heridos, quedaban en poder de la división de Simpson, mientras los demás corsarios huían llevándose sus muertos entre los cuales estaba el comandante Blanchet. Las averías sufridas en la refriega por la *Confederación* y la *Santa Cruz*, no permitieron perseguir a los corsarios (9).

Mientras en Lima se aguardaba con ansiedad la noticia de nuevos y más brillantes triunfos de la escuadrilla corsaria, llegaba

(9) Parte de Simpson al general Bulnes, dado en Casma a 13 de enero de1839—. "De nuestra parte (dijo Simpson en este ducumento) ha habido seis muertos y dos heridos en la *Confederación;* dos muertos y seis heridos en la *Santa Cruz*, y alguna jarcia averiada en ambos buques. La *Valparaíso* sin novedad... Concluyo recomendando altamente el ardoroso y patriótico comportamiento de los señores comandantes de la *Santa Cruz* y *Valparaíso*, y en general a los bravos que componen nuestras tripulaciones, y la guarnición Carampangue al mando del teniente de la primera compañía del mismo don Andrés Campos, todos los que, a pesar de su corto número, se manifestaron con entusiasmo y denuedo hasta los últimos momentos de dispersar escarmentados a los enemigos".

"No he podido menos que ascender en el mismo acto del combate al guardiamarina don Domingo Prieto al grado inmediato de teniente 2º, al cabo 1º de la 1ª compañía del Carampangue José María Arestey a sargento 2º y al soldado de la misma, Tomás Cuevas a cabo, esperando que sea de superior aprobación este justo premio al valor.

"El coronel graduado, comandante de ingeniero don Santiago Ballarna que se halla a mi bordo por enfermo, me ha acompañado con serenidad en el acto del combate.

ésta al Callao mal parada y corrida, llevando la noticia de su derrota y el cadáver de su jefe principal, quien al emprender su última expedición, había prometido al Protector concluir en muy pocos días con la armada chilena. El cadáver de Blanchet fue trasladado a la catedral de Lima, donde se le hicieron pomposas exequias, con asistencia del Gobierno Norperuano y de las altas autoridades y corporaciones de la capital.

Fácil es calcular la impresión que debió de producir en el ánimo del general Santa Cruz la noticia de este nuevo descalabro ocurrido cinco días después de su desgraciada aventura del Buin, en pos de la cual habíase notado cierta tibieza e indecisión en el cuartel general del ejército de la Confederación. La verdad es que ya el Protector y sus consejeros íntimos habían perdido mucho del ardor belicoso con que desde Chiquián se lanzaran en persecución del ejército chileno, y al acampar en Yungay ya no pensaban en una batalla próxima, sino sólo en colocarse en una posición segura y de observación, procurando entre tanto privar de todo recurso al enemigo y obligarlo o a continuar una retirada desastrosa o a capitular como en Paucarpata (10).

En conformidad con este plan, preferido por Santa Cruz, habíanse armado partidas de montoneros en la provincia de Conchucos, sublevada por los agentes del Protector, un escuadrón con el coronel Pedernera y una columna de infantería habían partido del cuartel general con dirección a la costa para ocupar las vías y lugares por donde el ejército restaurador se proveía de recursos y comunicaba con su base de operaciones.

Hubo un momento, sin embargo, en que se creyó en el campamento de San Miguel, que el enemigo se ponía resueltamente en marcha para combatir. En la mañana del 16 de enero, en efecto, se vio que una fuerte columna de infantería y caballería avanzaba sobre aquel campo, y con este motivo los diversos cuerpos del ejér-

(10) Cuatro días después de la batalla de Yungay. *El Eco del Protectorado,* dando cuenta de este suceso, confesaba que, al situarse el Protector en Yungay sólo había querido establecer allí sus cuarteles de invierno y aguardar otra oportunidad para librar una batalla.

cito restaurador tomaron inmediatamente las armas y ocuparon sus puestos (11).

Pero la columna enemiga se detuvo a tres cuartos de legua de la línea de San Miguel, mientras el Protector y algunos jefes que venían con él, dirigían sus anteojos de observación al campamento de los restauradores, y se retiró enseguida a Yungay donde el Protector llegó refiriendo que, según el reconocimiento que acaba de hacer, la posición del enemigo era inexpugnable y estaba además defendida por grandes fosos, minas y obras avanzadas de fortificación (12). En realidad no existían estas obras de defensa en el campamento de San Miguel, y al darlas por existentes, lo que el Protector se proponía era cohonestar la tardanza y postergación que ya tenía meditada en orden a la campaña en que tanta actividad parecía haber desplegado en los últimos días. Sabía que el ejército chileno sobrellevaba una situación penosísima. Harapos eran sus vestidos; raro era el soldado que tenía zapatos; y lo peor de todo era la escasez de ganado y otros elementos de subsisten-

(11) "Entre los muchos rasgos de entusiasmo que han tenido lugar en esta campaña (dice Placencia en su Diario militar) no podemos pasar en silencio el que ha acaecido hoy *(el 16 de enero)* con los enfermos que estaban en el hospital de Caraz, cuyo número ascendía a trescientos. Estos valientes, luego que llegó a ellos la noticia de que el enemigo venía sobre nuestro ejército, la cual se difundió por toda la comarca con la rapidez del fuego eléctrico, sin más orden que el impulso que les prestaban sus extenuadas fuerzas, se vistieron, tomaron sus armas y mochilas, y muchos de ellos, apoyándose en sus fusiles, paso a paso y con la imagen de la muerte pintada en sus rostros, se encaminaban al campamento diciendo que quería morir por su patria y ayudar a sus camaradas. Un espectáculo tan tierno y tan propio de los tiempos heroicos de Atenas y Roma, ha excitado la admiración de los habitantes del pueblo y de todo el ejército, y nos ha hecho presentir que con soldados tan entusiastas y que buscan la muerte con tanta vehemencia como indiferencia, es imposible desesperar del triunfo donde quiera que se presenten los enemigos".

(12) Súpose en San Miguel lo que Santa Cruz decía haber visto en lo tocante al atrincheramiento de aquel campo, y con este motivo dice Placencia en su Diario militar: "Esta relación exitó la risa de los generales, jefes y oficiales del ejército, pues no existiendo dichas obras, ni aun el foso que correspondía a la altura del parapeto, colegimos desde luego que el anteojo protectoral no sólo tenía la calidad de aumento, sino la desconocida de *suposición*".

cia. Diversas montoneras enemigas dificultaban el acopio de víveres y amenazaban los pueblos de Huailas y Huacra próximos a San Miguel y donde el ejército chileno había establecido sus hospitales. Los coroneles Carrasco y Pedernera, despachados por el Protector con fuertes columnas sobre la costa, hacían sus correrías, llegando el primero hasta una legua de Nepeña, con el encargo de recolectar todo el ganado que encontrase y de propalar la noticia de reveses ocurridos al ejército restaurador, para lo cual y a efecto de mover contra éste la opinión de los pueblos, se forjaron partes y documentos en el mismo cuartel general de Yungay, llegando en algunos de ellos a designar el 17 de enero como la fecha de una derrota sufrida por aquel ejército (13).

Por otra parte la campaña argentina parecía haber cesado del todo, después del asesinato del general Heredia, y esto proporcionaba a Santa Cruz la esperanza de aumentar sus fuerzas con una parte, al menos, de las que guarnecían la frontera austral de Bolivia.

Por último, la estación del año había entrado en un período de extraordinaria crudeza, por la abundancia y frecuencia de sus lluvias torrenciales.

Pero si todas estas circunstancias contribuían a acentuar más y más en el ánimo contemporizador de Santa Cruz, la resolución de no combatir o de postergar indefinidamente una batalla, en sentido contrario obraban en el ánimo de los jefes del ejército unido, para los cuales y en particular para los generales Bulnes y Cruz, era de absoluta necesidad empeñar cuanto antes un gran combate y buscar al enemigo, si este rehusaba tomar la ofensiva. Ello así quedó resuelto en una junta de guerra que en la tarde del 17 de enero se celebró en el alojamiento del Presidente Gamarra (14).

(13) Diario militar de Placencia.

(14) Afirmación de Placencia en el diario citado. El autor de la "Historia de la campaña del Perú en 1838" asevera que en esta ocasión "Gamarra y los demás generales peruanos creían preferible continuar la retirada hacia la provincia de la Libertad, donde suponían equivocadamente que existían los re-

En la noche de este mismo día un batallón enemigo con una o dos piezas de artillería amagó a la población de Huacra, y conjeturándose probable un ataque formal por esta parte situada al flanco derecho del campo de San Miguel, se mandó que el batallón Aconcagua pasase el puente de maromas que acababa de constituirse sobre el Santa y se situase en las alturas del otro lado del río. El peligro no pasó adelante, pues la fuerza que había amenazado a Huacra, se retiró al amanecer. El mismo día 18 una columna de cien hombres lograba dispersar un grupo como de mil montoneros, con que los vecinos de Conchucos alzados en favor del Protector, intentaban cortar las comunicaciones de retaguardia del ejército unido y caer sobre el hospital que este tenía establecido en Huailas.

Al fin el 19 de enero se impartieron órdenes, aunque con cierta reserva, a los jefes de los cuerpos, para que hicieran limpiar las armas y alistasen su tropa para marchar, a las tres de la madrugada del día siguiente, en busca del enemigo. No tardó el

---

cursos necesarios para la subsistencia de la tropa, y parecíales una obra temeraria asaltar a Santa Cruz en las fuertes posiciones que había adoptado en los alrededores de Yungay". "Bulnes y Cruz (añade), que pensaban de otro modo, convinieron en prepararse para la batalla, sin perjuicio de oír la opinión de una junta de guerra en que se manifestó unánimemente por los jefes peruanos la imprudencia de semejante medida" (pág. 379).

Para afirmar esto se apoya el autor de dicha Historia en antecedentes y testimonios que nos parecen muy dignos de respeto, por lo cual llega a decir que el coronel Placencia incurre en un error a *sabiendas*, cuando escribe en su Diario que los generales de la junta resolvieron unánimemente marchar en busca del ejército de la Confederación. "Esta es una de las muchas ocasiones (agrega el historiador) en que el coronel Placencia, con mengua de su alto crédito y distinguido talento, puso su pluma no al servicio de la verdad, ni de la historia, sino de la vanidad del pueblo peruano". El mismo historiador reconoce, sin embargo, que "el error de concepto que sufrieron el general Gamarra y sus distinguidos auxiliares, no afecta su justa nombradía, ni su reputación militar" (pág. 380).

Por nuestra parte creemos que si en la referida junta no hubo desde el principio uniformidad de pareceres, la actitud resuelta de los generales Bulnes y Cruz debió producir, al fin, como era natural, el acuerdo unánime en favor de un ataque inmediato.

secreto en ser conocido en todo el campamento. El mismo general Bulnes arengó a los soldados anunciándoles una batalla para pocas horas más tarde y provocando así el estallido de un júbilo extraordinario, puesto que el deseo de combatir estaba en todos los corazones. Harto había ganado, demasiado había apurado aquel ejército la efectiva, pero nunca bien estimada gloria del sufrimiento, que hace a veces que el soldado suspire por la gloria de morir combatiendo.

El Presidente Gamarra, el general Bulnes y el jefe del E.M.G. hicieron todavía personalmente un reconocimiento del camino que debían seguir, y con este objeto se adelantaron del campo hasta una legua de Yungay.

Demos una mirada a este itinerario y al campo del ejército protectoral. Frente a frente de San Miguel y de la pequeña población de Caraz, y a la distancia de tres leguas, hacia el sur, está el pueblo de Yungay delante del cual había tomado sus posiciones el ejército del Protector. El camino que media entre ambos lugares, está marcado y limitado por el caudaloso Santa, que corre por su costado occidental, y el cordón de los Andes, que va por el otro costado o línea oriental. El camino es ancho y de fácil tránsito desde San Miguel hasta dos leguas adelante; pero después se adelgaza y encajona a mano derecha, entre el Santa y un cerro alto y áspero que, desprendido y un tanto avanzado de la cadena de los Andes, presenta una buena posición para la defensa del camino y los terrenos contiguos. Este ribazo se llama cerro de Punyan y forma parte de una heredad del mismo nombre que se extiende a sus alrededores. Pasado este trecho angosto del camino, que es casi un desfiladero, se llega a un explaye un tanto ondulado, en medio del cual y en frente del cerro de Punyan, se alza un montículo aislado, de forma cónica, llamado Pan de Azúcar, y cuyas faldas y contornos presentan una pendiente tan violenta, que es caso de durísima fatiga al trepar hasta su cima. Un poco más adelante se halla cortado el terreno de oriente a poniente por el profundo barranco del torrente Ancach, que baja de los Andes y se vacia en el Santa. Al otro lado de este barranco, cuya pared izquierda es de una gran altura en casi toda su extensión, está pro-

piamente el campo de Yungay, en donde Santa Cruz situó el grueso de su ejército.

Es un espacio de terreno casi cuadrado, de catorce a quince cuadras en área, por cuyo centro continúa el camino real hasta el pequeño pueblo de Yungay y está limitado y defendido al mismo tiempo hacia el oriente por las crestas fragosas de un cerro que forma parte del sistema de los Andes; hacia el poniente por el río Santa, al norte por el mencionado Ancach y al sur por el pueblo de Yungay.

En la mañana del 20 de enero el campamento del Protector estaba organizado y distribuido en la siguiente forma: cinco compañías, compuestas de seiscientos infantes, con el general Quirós a la cabeza, ocupaban el cerro Pan de Azúcar, que como una plaza fuerte se presentaba dominando el camino real todo el terreno que a uno y otro lado se extiende correspondiente a la hacienda de Punyan. Al otro lado del río Ancach y tras un largo parapeto de piedra y barro, paralelo al mismo río, estaban desplegadas en batalla la división del general Herrera, que formaba el ala derecha, y la división del general Morán, que ocupaba la izquierda (15). En el centro y a retaguardia de estas dos divisiones, tres piezas de artillería y otra más colocada al extremo del ala derecha, sobre la falda del cerro que hemos dicho, limita y defiende por el

(15) La división de don Ramón Herrera constaba de los batallones 1, 2, 3 y 4 y de una columna de artillería, siendo boliviana toda esta fuerza. El general don Pedro Bermúdez era el jefe inmediato del número 3. Los batallones 1, 2, y 4 tenían respectivamente por comandante a los coroneles don Fructuoso Peña, sobrino de Santa Cruz, don Mariano Sierra y don Feliciano Dehesa. El coronel Pareja mandaba la columna de artillería. La división del general Morán componíanla cuerpos peruanos, pero comandados por jefes bolivianos. Allí estaban el Ayacucho, mandado por el coronel don Agustín Morales, que sería más tarde Presidente de Bolivia y asesinado en su presidencia; el Arequipa, mandado por don Jil Espino; el batallón Cazadores del Centro, a las órdenes del comandante don José Gabriel Téllez, general después y célebre ministro de la guerra en el gobierno de Belzu, y una mitad del batallón Pichincha, cuya otra mitad, a las órdenes del coronel Carrasco, se hallaba campeando a retaguardia de San Miguel para interceptar la comunicación del ejército restaurador con el puerto de Santa y el departamento de La Libertad.

oriente el campo de Yungay. Más al fondo y escalonado hasta cerca del pueblo de este nombre, desplegábanse dos cuerpos de caballería con 650 plazas, mandados por el general Pérez de Urdidinea. Detrás de esta fuerza había tomado el Protector su puesto de observación y de mando.

Se ve, pues, que este campamento apoyaba su derecha sobre las alturas más contiguas de la cordillera de los Andes, y su izquierda sobre el río Santa; que su frente estaba defendido en primer término por la plaza avanzada del Pan de Azúcar, luego por el barranco de Ancach y en último lugar por la barrera o parapeto de piedra que mencionado queda. Un puente rústico que servía para atravesar el Ancach, enfilando con el camino real, había desaparecido.

A juzgar por los datos y testimonios más dignos de fe, el ejército protectoral acampado en Yungay no bajaba de seis mil hombres (16).

A las cinco de la mañana del 20 de enero emprendió su marcha hacia Yungay el ejército unido restaurador. Formaban su vanguardia cuatro compañías de cazadores a las órdenes del comandante Valenzuela, otras cuatro del ejército peruano mandadas por el coronel Lopera, y un escuadrón de cazadores a caballo, yendo toda esta fuerza al mando inmediato del general don Crisóstomo Torrico. Seguía la primera división, compuesta de los batallones Carampangue, Portales y Cazadores del Perú, a las órdenes del general peruano don Juan Bautista Eléspuru. La

(16) En este punto los testimonios más importantes andan discordes. (Véanse *Historia de la Campaña del Perú en 1838).* La cifra de 6.100 que en el parte oficial de la batalla de Yungay y atribuyó el general Bulnes al ejército de Santa Cruz, no la creemos de modo alguno exagerada, mientras que el número de 4.052 hombres a que éste lo redujo en su manifiesto de Quito, implica una alteración y rebaja de la verdad. Y en este particular es muy digno de notarse que cuando el combate de Buin, es decir, 14 días antes de Yungay los boletines del cuartel general de Santa Cruz y *El Eco del Protectorado* afirmaron que el ejército con que el Protector iba persiguiendo al chileno, contaba de 7.000 nombres *(El Eco del Protectorado,* número extraordinario de 13 de enero de 1839).

segunda división componíanla el Valparaíso, el Colchagua el Huailas, recientemente formado, y seis piezas de artillería, bajo la dirección del general don Francisco Vidal. Formaban una tercera división los batallones Santiago, Aconcagua y Valdivia, y por último, los diversos cuerpos de caballería formaban una cuarta división, bajo el mando del general don Ramón Castilla. Constaba todo este ejército de sólo cinco mil doscientos sesenta y siete hombres, figurando entre éstos un contingente como de ochocientos peruanos, que formaban los batallones Huailas y Cazadores del Perú.

Apenas organizada la marcha, fue destacado el batallón Aconcagua para dominar las alturas del flanco izquierdo y particularmente el cerro de Punyan que, como ya observamos, era un punto asaz peligroso para un ejército en tránsito; y para el acierto de esta precaución marchó agregado al Aconcagua el coronel Ugarteche como conocedor muy práctico de todo aquel terreno.

El ejército continuó avanzando y atravesó sin novedad el trecho peligroso del camino, es decir, el desfiladero entre el Santa y el cerro Punyan, ocupado por el Aconcagua, que descendió luego por la quebrada que media entre dicho cerro y el Pan de Azúcar, y fue a reunirse al grueso del ejército, sufriendo sin contestar el fuego de las compañías bolivianas que guarnecían esta última altura. Advirtióse luego que una columna enemiga trepaba por la misma quebrada por donde había bajado el Aconcagua, lo que revelaba la intención de flanquear la izquierda de las fuerzas restauradoras; visto lo cual, el general Bulnes dispuso inmediatamente que el teniente-coronel López con tres compañías de los batallones Portales, Valdivia y Huailas se apoderase de aquella eminencia y rechazara al enemigo.

Entre tanto el general Bulnes no había conseguido, a pesar de todas sus diligencias, formar cabal idea de la verdadera posición y arbitrios de defensa del campo contrario, del que distaba algunas cuadras, sin poderlo contemplar desde un punto conveniente. El general miraba a su izquierda los cerros de Punyan y Pan de Azúcar, al pie de los cuales y merced a lo quebrado del terreno y a la baldía vegetación que lo cubría, iban apareciendo columnas

enemigas, cuyo número no le era dado calcular. Miraba a su derecha las casas de la hacienda de Punyan, medio escondidas entre una masa de vegetación y donde era muy probable que se hallaran apostados en acecho algunos grupos del campo contrario. Cerca de estas casas había un ribazo que presentaba un lugar adecuado para observar el campamento del Protector. Bulnes se propuso apoderarse de esta colina y de las casas de Punyan, y al efecto destacó algunas columnas de cazadores que se apoderaron de aquellos puntos sin peligro, pues no hallaron enemigos, y apenas sí una mitad de caballería que se divisaba al frente como en observación de los movimientos del ejército chileno, la que abandonó su puesto con sólo dos tiros de cañón que se le dispararon. Dueño ya de la casa y altura que acabamos de mencionar, pudo el jefe del ejército chileno reconocer "que a pocas cuadras de distancia se encontraba un barranco profundo de bordes muy escarpados, por cuyo cauce corre un pequeño río, que bajando de la cordillera, corta horizontalmente el terreno y se precipita en el Santa; que al otro lado de la barranca habían formado los enemigos un parapeto de piedra de bastante consistencia, apoyando su derecha a una altura de segundo orden contigua a la cordillera, y su izquierda al río Santa, cubriendo su centro un obus y dos piezas colocadas sobre el desfiladero" (18).

El general Bulnes se dio a entender que la línea enemiga estaba bien establecida y que el primer paso para empeñar la batalla general; debía consistir en atacar y rendir la plaza avanzada del Pan de Azúcar. Mas, antes de acometer tan arriesgada empresa, era preciso precaverse de las fuerzas enemigas que ocupaban a Punyan y de las que estaban en la base de este monte, dándose la mano con aquellas y apoyando a mismo tiempo a la tropa que guarnecía el Pan de Azúcar. El teniente-coronel López, que, según ya dijimos, había partido con tres compañías para dominar el Punyan, consiguió derrotar otras tantas enemigas en lo alto del cerro, obligándolas a descender precipitadamente. Al mismo tiem-

(18) Parte del general Bulnes sobre la batalla de Yungay, *Diario* de Placencia.

po el batallón Aconcagua, que tan cumplidamente había apoyado la marcha del ejército horas antes, era destacado de nuevo por el general Bulnes para cortar la retirada a la tropa que acababa de vencer López y barrer cualquiera fuerza contraria que encontrase entre Punyan y Pan de Azúcar. El Aconcagua, en efecto, se encontró a poca distancia con un cuerpo enemigo en la falda de la primera montaña, y haciendo sobre él un vivísimo fuego, logró pronto desalojarlo y apoderarse del terreno.

Partieron entonces las compañías de cazadores del Carampangue, del Santiago, del Valparaíso y la sexta de Cazadores del Perú, a las órdenes del comandante Valenzuela, acompañado del coronel peruano Ugarteche, y dirigiéndose resueltamente al temible reducto de Pan de Azúcar, dejaron comprender que llevaban el encargo de batirlo y ocuparlo. El ejército entero advirtió que iba a presenciar un espectáculo tan romanesco, como preñado de peligros, y fijó sus miradas en aquel escenario donde no había más alternativa que morir o vencer.

Eran las nueve del día y en el horizonte despejado y límpido reverberaba el sol, difundiendo un calor sofocante. Las columnas de asalto rodearon la base del cerro y por diversos lados emprendieron el difícil ascenso, y mientras el enemigo les lanzaba de lo alto una granizada de balas y de piedras y un cañón situado sobre el ala derecho del campo del Protector menudeaba sus fuegos, las músicas militares del ejército chileno llenaban los aires con los acordes de la canción nacional. Y era de ver cómo aquellos soldados atrevidos subían y subían por los costados casi inaccesibles de aquel terrible cono, asiéndose, ora a un arbusto, ora a un risco saliente, apoyándose algunas veces los unos en los otros y las más en sus propios fusiles, con lo que tenían que renunciar a la engorrosa maniobra de cargarlos y contestar al fuego enemigo" (19).

(19) Recordaremos que el fusil usual en aquel tiempo, era el imperfectísimo llamado fusil de chispa que se cargaba por la boca con el auxilio de la vara llamada baqueta. Fácil es comprender la dificultad de cargar una arma semejante en los momentos de trepar a gatas por una cuesta escabrosísima y violenta. En este punto el ejército boliviano llevaba una gran ventaja al chileno,

Así, y rodando y sucumbiendo no pocos en la tentativa, llegaron los asaltantes hasta el promedio del repecho, y amenazaban una trinchera de piedra que poco más arriba, sobre una ceja del cerro se divisaba, defendida por una columna avanzada; la cual al contemplar de cerca a tan osados y tenaces enemigos, desmoronó sobre ellos todo el parapeto que le servía de defensa y se corrió hacia arriba para juntarse con el resto de la guarnición de la meseta del cerro (20).

Cayeron nuevas víctimas; pero el ascenso continuó, como si el peligro y la sangre misma retemplaran los bríos de aquella gente que no anhelaba ya más, sino combatir cuerpo a cuerpo. Llegaron por fin al borde de la cima deseada, donde los aguardaban bien parapetados los soldados de Quirós. Al tocar la meseta del Pan de Azúcar, la tropa asaltante jadeando y cubierta de sudor y de polvo, iba más que diezmada. El heróico comandante del Carampangue don Jerónimo Valenzuela y el sargento mayor don Andrés Olivares, habían sucumbido en el camino, y muertos o moribundos quedaban también en él los más de los oficiales, habiendo compañía que se encontró al fin sin más jefe que un sargento 2º. Una vez sentado el pie en quel último reducto, los asaltantes no estaban ya en situación de aguardar órdenes, ni de formar en línea regular, sino que impulsados por la avidez de combate y movidos como por un solo resorte, se precipitaron sobre las trincheras enemigas con tal ardimiento, que en pocos minutos fue rota y despedazada toda la columna contraria. Los soldados de Quirós, muy valerosos al principio, iban sucumbiendo rápidamente en aquella descomunal pelea; muchos cogidos del temor y ciertos de no hallar cuartel, se precipitaban y rodaban por las laderas del

---

pues en su táctica acostumbraba aquel poner en el fusil dos balas con cuyo peso y dando en la culata del arma uno o dos golpes sobre el suelo, quedaba la carga a punto. Puede asegurarse por tanto, que mientras el soldado chileno cargaba una vez su arma, el boliviano cargaba dos y tres veces.

Debemos este dato el señor don Antonio Barrena, que hizo la campaña de 1838 y 39 como teniente del batallón Portales, y es uno de los poquísimos y respetables sobrevivientes de aquella gloriosa expedición.

(20)Relación del señor Barrena.

cerro, donde los alcanzaba, sin embargo, el fuego de la tropa chilena, posesionada ya de la altura. Aquellos hombres esforzados que, a manera de tigres, acababan de trepar por las paredes de la empinada colina, tigres fueron también en la ferocidad del ataque. Las cinco compañías que guarnecían la cima del Pan de Azúcar (dice el parte oficial del general Bulnes, al terminar la breve relación de este terrible episodio) perecieron todas, y con ella el general Quirós, que las mandaba, un coronel y sus demás oficiales" (21).

La toma del Pan de Azúcar llenó de asombro y turbación al Protector, que creía inexpugnable aquella plaza y vio desconcertado su plan de defensa y ataque. Antes que la columna de Valenzuela pusiera punto a su hazaña, un batallón escogido (el Nº 4 de Bolivia) había salido del campo protectoral en auxilio de la guarnición del Pan de Azúcar. Este batallón dividido en dos partes, una de las cuales llevaba a su cabeza al más tarde célebre general y Presidente de Bolivia don Manuel Isidoro Belzu, atravesó el barranco del Ancach por un sendero practicado en la parte próxima a los cerros donde terminaba el ala derecha del ejército del Protector y donde se había colocado una pieza de artillería. Advirtiendo este nuevo peligro que amenazaba a los asaltantes del Pan

(21) Figuró en este célebre asalto la sargento Candelaria Pérez, incorporada en la compañía del Carampangue, mandada por el capitán Nieto, a quien aquella mujer profesaba particular afecto. Candelaria vio caer muerto en el repecho a su amigo, a todos los oficiales y numerosos soldados de su compañía; pero continuó subiendo valientemente con los demás, hasta llegar a la cima. Momentos antes (según refiere don Vicente Reyes en los apuntes biográficos ya citados) y cuando los asaltantes estaban todavía empeñados en la subida, y la guarnición de la cumbre les hacía nutrido fuego y con gran algazara y rechifla se burlaba de ellos, creyéndolos comprometidos en una empresa imposible, fue reconocida Candelaria por un antiguo enemigo suyo, que estaba entre los de arriba y tenía una bandera en la mano, el cual así que descubrió a la intrépida asaltante, se puso a insultarla groseramente. Candelaria continuó trepando con más resolución y animando a sus compañeros, y llegado que hubo a la cima, atacó, antes que a nadie, al hombre que acababa de insultarla, lo derribó y le quitó la bandera, y continuó en compañía de los suyos aquel tremendo combate.

de Azúcar, el general Bulnes destacó inmediatamente contra el 4º de Bolivia al batallón Colchagua comandado por el coronel don Pedro Urriola. A favor de unos espesos matorrales que cubrían el campo y que el enemigo había descuidado arrasar. Urriola pudo ocultar su tropa y sorprender al batallón enemigo, cuando ya iba muy cerca, con una descarga cerrada y tal, que hizo grandísimo estrago en sus filas. No perdió su formación, ni retrocedió un punto el batallón boliviano, sino que desplegando una heróica intrepidez, se lanzó a bayoneta sobre el Colchagua, hasta hacerlo vacilar; pero algunas compañías del Portales mandadas en apoyo de éste, restablecieron el combate en términos que el batallón boliviano huyó a guarecerse en las posiciones del otro lado del Ancach, pasando el barranco casi juntamente con una de las compañías del Portales, que obstinada en la persecución, se vio de repente sobre las trincheras del ala derecha ocupada por la división boliviana del general Herrera. La situación no podía ser más peligrosa; la única hazaña posible para aquel pelotón de soldados que se habían alejado en demasía de su centro de operaciones, habría consistido en morir peleando. Hubo soldado que encontrándose muy cerca de la trinchera enemiga, cogió por los cabellos a un oficial y lo sacó fuera de ella. La columna del Portales hubo de retroceder al fin y repasar el Ancach abrumada por los fuegos del enemigo.

En los momentos anteriores, cuando luchaban encarnizadamente el Colchagua y parte del Portales con el batallón 4º de Bolivia, cayó herido de muerte el general peruano don Juan Bautista Eléspuru, quien como jefe de la primera división del ejército restaurador, a la cual pertenecía el Portales, quiso conducir personalmente al combate y animar con su presencia a las compañías de este cuerpo que fueron enviadas en auxilio del Colchagua.

El general Bulnes creyó llegado el momento de empeñar la batalla general, y al efecto ordenó que los batallones Colchagua y Valdivia atacasen la derecha de los enemigos, y que el Portales siguiendo el camino real amagase el centro de las trincheras en que éstos se defendían. Era preciso atravesar el barranco del Ancach y avanzar a cuerpo descubierto. Entraron luego en la

línea de ataque el batallón Cazadores del Perú y una mitad del batallón Huailas. Un fuego vivísimo de fusilería y de cañón estalló en ambos campos desde los primeros momentos. Al lado derecho del Ancach quedaban como reserva toda la caballería chilena, situada sobre el camino real, y el batallón Santiago, a cuyo lado estaba impaciente y confiado al mismo tiempo el Presidente Gamarra, a quien el general Bulnes había suplicado que moderase su ardor belicoso y no expusiera sin necesidad su vida, que al cabo era la vida del jefe de la República. Estaban además en la reserva los batallones Carampangue y Valparaíso y la otra mitad del Huailas. Las pocas piezas de la artillería chilena, que también habían quedado en el campo de Punyan, colocadas convenientemente y dirigidas por su intrépido comandante don Marcos Maturana, hacían un fuego certero y nutrido, mientras la artillería enemiga perdía casi todos sus disparos.

El general Bulnes resolvió flanquear la izquierda del enemigo, que estaba apoyada en el río Santa, y confió este difícil trance a los batallones Carampangue, Santiago y una mitad del Huailas, que precipitándose en el foso del Ancach, treparon por su bordo opuesto cerca del punto donde el torrente desemboca en el río. Fue sostenido este movimiento por tres escuadrones de caballería y un cañón, a las órdenes del general Castilla. El fuego abarcó entonces toda la línea, multiplicando sus víctimas a medida que las columnas de ataque avanzaban más y más sobre las trincheras enemigas. Momento hubo en que el Portales, adelantándose a embestir los parapetos de la línea contraria, se encontró empeñado con toda ella, y abrumado por el fuego y el cansancio, comenzó a retroceder, visto lo cual por los jefes del 3° de Bolivia, hicieron que este batallón abandonase su trinchera y acometiese con las bayonetas al cuerpo que se retiraba. Bulnes, que observaba muy de cerca el combate y no quitaba ojo ni a los más pequeños incidentes, corrió hacia el Valparaíso, que estaba disponible, y poniéndose a su frente, atravesó con él el cauce del Ancach y lo envió en auxilio del Portales, cuyos soldados se rehicieron y reanimaron, a la presencia de aquel refuerzo. El Valparaíso, dirigido por su bravo comandante Vidaurre Leal, tomó inmediatamente el primer

lugar en el campo de la refriega y contuvo el movimiento de avance que, a ejemplo del 3º de Bolivia, comenzaban a ejecutar otros cuerpos de la línea enemiga.

Entre tanto, por el mismo punto que acababan de atravesar las columnas de infantería encargadas de amagar la izquierda del ejército protectoral, discurrió el jefe del Estado Mayor don José María de la Cruz, hacer pasar algunos escuadrones de la caballería, que permanecía inactiva y como detenida fatalmente por el profundo barranco del Ancach. Atrevidísima era la empresa, pues apenas era dado a las caballerías desfilar de una en una por aquel estrecho paso. Fue uno de los primeros en ejecutar esta travesía el coronel don Fernando Baquedano, comandante-general de la caballería, el cual, arrastrado por su ardor marcial, no bien vio reunidas al otro lado del barranco unas cuantas mitades del primer escuadrón del regimiento Cazadores a caballo, se lanzó con ellas a la carga sobre la infantería enemiga. Acudieron en protección de ésta la escolta del Protector y los Lanceros de Bolivia, y contra toda esta fuerza fueron a estrellarse los jinetes de Baquedano, que acosados por columnas formidables y colocados en un terreno escabroso, lleno de zanjas y cercas, se desordenaron por completo y hubieron de replegarse en dispersión a su punto de partida. Acababan de reunirse allí el resto del primer escuadrón de Cazadores y el cuerpo de lanceros mandado por el capitán Palacios, en cuya compañía se rehicieron al momento las mitades que venían de combatir, y poniéndose al frente de ambos escuadrones el coronel Baquedano, que había sido herido, aunque ligeramente, en la refriega, emprendió nueva carga contra el enemigo y puso en fuga por de pronto a los Lanceros de Bolivia (22). Pero una gruesa reserva de ambas armas sostuvo a estos y obligó a Baquedano a replegarse de nuevo, a la sazón que el segundo y tercer escuadrón de Coraceros y el de Carabineros de la Frontera,

(22) "Entre tanto Baquedano, que había sido herido en la primera carga pero que no desmayaba, buscaba al coronel Lara, comandante del regimiento de Lanceros de Bolivia, provocándolo en alta voz a combate singular".—G. Bulnes. *Campaña del Perú en 1838.*

organizado y mandado por el teniente-coronel García Pizarro acababan de vencer el desfiladero del zanjón y de recibir la orden de acometer. Por tercer vez arremetió Baquedano; pero en esta ocasión con casi toda la caballería chilena, que desalojó a la boliviana de sus posiciones, la cual, confusa y desordenada, corrió a apoyarse en los más próximos cuerpos de infantería. "La simultaneidad, prontitud y arrojo (dice el general Bulnes en el parte de esta batalla) con que todos estos cuerpos, puestos a la carga, ejecutaron sus movimientos en los instantes en que por todas partes se esparcía la muerte, llenaron de espanto al enemigo. El terror se apoderó enteramente de ellos cuando vieron atacada su reserva y mezclada nuestra caballería con sus tropas de ambas armas. Entonces nuestra infantería, que había ya flanqueado su izquierda, redoblando sus esfuerzos, saltó por los atrincheramientos enemigos, rompió sus filas y los puso ya en completa y desordenada fuga, contribuyendo eficazmente a este brillante triunfo el escuadrón Granaderos a Caballo, al mando de su comandante Jarpa, que había quedado de reserva en la casa de Punyan y cargó oportunamente. La persecución fue tan violenta, que la caballería enemiga entraba mezclada con nuestros soldados por las calles de Yungay y en esta disposición siguieron hasta tres leguas, quedando el campo por todas partes sembrado de cadáveres contrarios".

El enemigo ha perdido en la gloriosa jornada de Ancach dos generales y más de mil cuatrocientos soldados muertos, entre los cuales se encuentra un número considerable de oficiales; tres generales, nueve coroneles, ciento cincuenta y cinco oficiales de todas graduaciones y mil seiscientos soldados prisioneros, sin contar con las partidas de dispersos que diariamente se presentan; siete banderas, toda su artillería y parque, dos mil quinientos fusiles, cajas de cuerpo, botiquines y todo el material de su ejército, pudiendo asegurarse que sólo Santa Cruz ha escapado con algunos jefes bien montados y ciento y tantos hombres de caballería que fugaron en diferentes direcciones, la mayor parte desarmados y heridos".

"Nuestra pérdida ha consistido en un general, dos jefes, once

oficiales y doscientos quince individuos de tropa muertos, y veintiocho oficiales y cuatrocientos siete soldados heridos...

"Entre tanto, considero un deber mío recomendar a V.E. al general jefe del Estado Mayor General, don José María de la Cruz, quien con una serenidad imperturbable ha dado colocación a las fuerzas y continuado su activo servicio durante toda la acción. Asimismo exige la justicia que haga una particular mención del mérito contraído en esta campaña por el coronel don Antonio Placencia, ayudante general comandante del Estado Mayor General, cuyos conocimientos y empeñosa contracción me han sido siempre de la mayor utilidad. Igualmente creo que debo hablar en este lugar de la consideración a que es acreedor el esforzado comandante del Portales, don Manuel García, que condujo su cuerpo al combate con una singular intrepidez y bizarría, acompañado siempre en lo más duro del choque por el valiente mayor Torres. Séame, por último, permitido pagar aquí un tributo de admiración y respeto a la memoria del benemérito y bravo general Elespuru, del veterano y valiente comandante Valenzuela, del no menos denodado mayor Olivares y de once oficiales que han terminado su carrera ilustre con una gloriosa muerte en el campo de batalla" (23).

(23) Fue éste el primer parte que, a raíz de la victoria de Yungay dirigió el general Bulnes al Presidente Gamarra (Véase el Diario Militar de Placencia). Con este mismo parte comunicó al Gobierno de Chile el mismo suceso; pero añadió una mención especial en honor del general Gamarra, "con quien siempre de acuerdo (dijo) en todos los planes y movimientos y siempre celoso en la ejecución y desempeño de ellos, manifestó la mayor serenidad en todo el curso del combate y contribuyó poderosamente a su grande éxito".—*(Ejército Restaurador, 1837-1839).*

"El 22 (de enero) se mandaron quemar (dice Placencia en su Diario Militar) los cadáveres enemigos, que se habían reunido en número de mil doscientos treinta y siete, sin estar inclusos los seiscientos que quedaron en Pan de Azúcar, que por lo escabroso del terreno no se pudieron bajar, ni los doscientos veintisiete que se encontraron en la distancia de una legua que hay de Yungay a Manco y cuya suma total asciende a dos mil cincuenta y cuatro. El número de caballos muertos de uno y otro ejército puede computarse en trescientos. Los doscientos quince cadáveres de nuestro ejército fueron enterrados

Seis horas duró este encarnizado combate. A las cuatro y media de la tarde los cuerpos de caballería perseguían a los enemigos en todas direcciones, consiguiendo reunir hasta ochocientos dispersos y apoderarse en Recuai de setenta cargas de vestuario del ejército vencido (24).

El Presidente Gamarra, testigo de la batalla y que como actor durante gran parte de ella, sin esquivar el peligro, había visto herido su caballo, proclamó lleno de júbilo en el mismo campamento de la acción, Gran Mariscal de Ancach al general Bulnes y dio el grado de general de división del Perú a don José M. de la Cruz.

Tanto Gamarra como Bulnes contrajeron sus primeros y más solícitos cuidados a los heridos de ambos ejércitos, a quienes hicie-

---

en Ancach. Se calcularon las municiones que se habían consumido, y se puede asegurar que se quemaron de una y otra parte más de seiscientos mil cartuchos de fusil...".

(24) No estará de más observar en este lugar cuáles eran los instrumentos de guerra usados en Chile y el Perú en la época que estamos narrando.

Tanto Chile como el Perú carecían de fábricas de armas de fuego para la artillería y la infantería y estaban en la necesidad de comprar estas armas al extranjeros. Aun para la reparación y compostura de ellas, era una dificultad encontrar "maestros armeros". El cañón de artillería se cargaba por la boca y se disparaba aplicando el *lanza fuego* a un mojón o pequeña porción de polvora colocada en el orificio del cañón. El fusil y la tercerola eran igualmente toscos; se cargaban también por la boca, introduciendo la munición, esto es, la pólvora y la bala, con el auxilio de la varilla metálica llamada baqueta, y se disparaban usando el aparato o llave colocada en el extremo del cañón hacia la culata. Este aparato constaba de la *cazoleta* o pequeña pieza de metal, inmediata al oído del cañón, en la cual se colocaba la *ceba* (pequeña cantidad de pólvora); de otra pieza en que estaba afianzado un pedazo de pedernal convenientemente cortado en formas angulares, y de uno como eslabón de acero, dispuesto de manera que, moviendo un resorte *(gatillo)* debajo del aparato de la llave, chocaba el eslabón con el perdernal y quedaba al mismo tiempo descubierta la ceba, que recibía inmediatamente alguna de las chispas producidas por el choque y comunicaba el fuego al cañón. El fusil de fulminante, hoy día abandonado, era entonces una arma de lujo.

En cuanto al arma blanca (sables, lanzas, etc.), también la encargaban los gobiernos a las fábricas extranjeras, aunque en caso de necesidad no faltaban medios de fabricarlas dentro del país.

ron depositar por de pronto en el templo parroquial de Yungay (25). El cadáver del general Quirós fue sepultado con las solemnidades que las circunstancias permitían.

Bulnes proclamó el mismo día del triunfo a los soldados del Ejército Unido. "Cuando me dirigí a vosotros la última vez desde este mismo sitio (les dijo) os anuncié una victoria próxima y decisiva; y antes de quince días habéis conseguido la más espléndida y gloriosa que ha visto la América. Habéis luchado contra posiciones inexpugnables, vencido las elevaciones más escarpadas y pisado sobre las nubes para tomarlas. Habéis hecho todos más que vuestro deber y aun sobrepasado mis esperanzas. El golpe mortal a la Confederación está dado, el estandarte protectoral, las banderas de su guardia y cien trofeos más, se hallan en nuestro poder, y el Perú respira hoy día, y la América toda libre de inquietudes y zozobras, os saluda como a ¡los campeones y antemural de su independencia!...

Poco después el general Gamarra dirigía la palabra a ese mismo ejército en estos términos: "Soldados: vuestro heroico esfuerzo, superior a cuanto registra en sus páginas la historia militar, ha roto ayer sobre las formidables posiciones del enemigo, la cadena con que su atrevido jefe aherrojó al Perú por tres años, y pretendía ¡insano! sojuzgarlo para siempre...

"La Confederación Perú-Boliviana no existe sino como el

En lo tocante a la marina de guerra, Chile lo mismo que el Perú carecían de astilleros donde construirla, a pesar de que, bajo el régimen colonial, no fue raro se contruyeran barcos de guerra en Chiloé, en Valdivia, en el Callao, en Guayaquil y otros puertos de importancia militar. La libertad del comercio y la consiguiente facilidad de adquirir a precios relativamente bajos, buques extranjeros apropiados para la guerra, dieron margen a que los gobiernos independientes descuidasen los antiguos astilleros nacionales, y el arte de la construcción naval abandonada a empresarios particulares, que no podían competir con los constructores de países más adelantados, desapareció casi del todo.

(25) "Es digna de mencionarse la asidua comportación de los facultativos Green y Clarque, que contraídos al desempeño de sus deberes desde el principio de la acción, estuvieron solos veinticuatro horas sin intermisión, curando nuestros heridos y los del ejército contrario". Diario de Placencia.

recuerdo de sus ridículas aspiraciones y de aprobio. El Perú recobró ayer su libertad por el impulso de vuestros brazos, y os bendice como a los autores de su honra y de su dicha. ¡Qué gloria para vosotros!"...

Entre tanto era preciso perseguir los restos del ejército vencido, que en verdad no eran tan pocos, ni tan despreciables, como se lo imaginó el jefe del ejército restaurador en los primeros momentos del triunfo y como lo hizo entender en el parte respectivo. El coronel boliviano Sagárnaga, que había escapado con quinientos dispersos, fue a reunirse en Tarma con los generales Otero y Pardo de Cela, que tenían bajo su mano como quinientos reclutas y una no despreciable suma de dinero. El general Herrera había seguido la misma dirección y era claro que todos estos jefes llevaban la intención de reunirse a las fuerzas que aún quedaban en el sur del Perú y formaban el llamado ejército del centro, hallándose también intacta la división que allá en los confines de Bolivia tenía a raya al argentino y a cuyo frente acababa de ser colocado el general don José Miguel de Velazco.

En consecuencia el ejército vencedor marchó por escalones hacia Tarma y Jauja, llevando la delantera el general Torrico a la cabeza de los batallones peruanos Huailas y Cazadores del Perú. Durante esta marcha el general Armasa, que había escapado del campo de Yungay fue hecho prisionero y presentado a Torrico. Al día siguiente el general prisionero fue encontrado muerto en su cama, suceso de que se sospechó culpable a un oficial peruano (26). Poco después el general Herrera, enfermo, soli-

(26) Armasa fue uno de los dos generales que el parte de Bulnes dio por muertos "en la gloriosa jornada de Ancach". La vida de Armasa fue un tejido de aventuras harto singulares, en que la honradez y la moralidad *brillan por su ausencia.* Los historiadores de Bolivia le han imputado el asesinato del Presidente provisional don Pedro Blanco suceso desde el cual quedó íntimamente ligado al general Santa Cruz. "Este incidente fortuito (dice Placencia en su Diario, refiriendo la muerte de Armasa) ha dado lugar a conjeturas insidiosas que han desaparecido tan luego como se ha sabido el modo afable con que fue recibido por el general Torrico, y el permiso que obtuvo de pasar a curarse a Cajatambo, acompañado del físico del batallón núm. 2 de Bolivia".

citaba, por medio de un emisario, garantías para curarse, y Torrico le permitía generosamente atender a su salud y estarse tranquilo en Huancayo bajo su sola palabra de honor.

Al fin el 18 de febrero el ejército restaurador tomaba posesión de la provincia de Juaja y se escalonaba entre la ciudad de este nombre y Huancayo, ocupando las posiciones militares más importantes, desde las cuales se proponía el general Bulnes observar los acontecimientos y entrever las intenciones del gobierno vencido y desbancado, habiendo alcanzado en el espacio de un mes la sumisión de partidas enemigas, como la columna del coronel Carrasco, que tres días después del combate de Yungay se entregaba en Caruhas al vencedor, y de diversos jefes y oficiales, como el general Macedo, el coronel Sagárnaga y doce individuos más, entre jefes y oficiales, todos los cuales se sometieron al coronel Lopera en Ayacucho.

Entre tanto el Presidente Gamarra, que se había dirigido al departamento de la Libertad, se reunía el 7 de febrero en el puerto de Huacho con el general Lafuente, y acordaba con éste un plan para marchar sobre Lima. El batallón Trujillo y una columna chilena de doscientas a trescientas plazas que Lafuente había traído a Huacho, debían continuar a Chancay para unirse a un cuerpo de caballería mandado por Coloma y juntos emprender la ocupación de Lima.

El 16 de febrero el general Lafuente, después de juntarse en Chancay con la caballería, se encaminaba con toda su división a la ciudad de Lima, dejando en Huacho al Presidente Gamarra. Ya por este tiempo ambos generales sabían y era notorio en diversas poblaciones del Nor-Perú, que el Presidente Riva Agüero había abandonado la capital, dejándola apenas con una guarnición de 400 hombres, entre infantería y caballería, a cargo del general Vijil, y que el general Morán, escapado de Yungay con una partida de caballería, atacado, deshecho y herido en el camino por una columna de la división de Lafuente, había logrado encerrarse en los castillos del Callao, guardados por mil doscientos hombres de todas armas.

Al aproximarse Lafuente a la capital se retiró Vijil con sus

400 hombres a Cañete, y el 17 de febrero hizo aquel su entrada en la ciudad con todos los honores de la victoria. Siete días después se presentó Gamarra en Lima, donde la Municipalidad, las corporaciones todas y el pueblo le recibieron en medio de los mayores transportes de alegría y entusiasmo (27).

¿Qué era del Protector de la Confederación Perú-Boliviana entre tanto?

Santa Cruz había abandonado el campo de Yungay una hora antes de que terminara la batalla, dejando en su tienda de campaña hasta su cartera privada, que contenía documentos de no poca importancia y que cayó en manos de sus vencedores. Gracias a tener apostados de antemano en el camino buenos caballos de remuda, pudo, galopando durante cuatro días, salvar las cien largas leguas que median entre Yungay y Lima, a donde llegó el 24 en la noche, acompañado de su ministro Olañeta, tres o cuatro coroneles, dos ayudantes y cuatro soldados.

Ya en la tarde de aquel mismo día un rumor sordo y misterioso, de cuyo origen nadie se daba cuenta y que acaso no fue más que un presentimiento, había circulado en la capital dando por derrotado al Protector. Fue éste, sin embargo, el primero que,

(27) Hasta los momentos en que Lafuente ocupó la capital, los agentes de Santa Cruz cometieron las más graves tropelías, sobre todo para proporcionarse fondos. Se hicieron despachos de aduana con rebaja de 50 por ciento en los derechos. Muchos comerciantes extranjeros se constituyeron en vista de aduana. Los pagarés otorgados por derechos aduaneros se descontaban con enormes pérdidas. De las gabetas del consulado y de la aduana se sustrajeron multitud de manifiestos y de otros documentos importantes. Arrebataron unos tejos de oro que había en la casa de moneda, varias piezas de plata labrada que pertenecian a la tesorería general y otras que estaban en depósito, las mazas del Cabildo, tinteros y otros útiles también de plata. Don Casimiro Olañeta tomó para sí los tejos de oro y algún dinero; Necochea (don Mariano), 7.000 pesos; Miranda 4.000, García del Río otras sumas. Todo fue barrido hasta que entró la división de Lafuente.—("Ligeros apuntes de los sucesos que han tenido lugar en la capital de Lima desde que se retiró hacia el norte el ejército unido restaurador el 8 de noviembre de 1838", publicación de *El Mecurio* de Valparaíso de 3 de abril de 1839 y algunos números siguientes).

confuso y conmovido hasta derramar lágrimas, al decir de ciertos testigos de vista, hizo en el palacio de Riva Agüero la relación del descalabro de Yungay. Santa Cruz, empero, sin poder o sin querer comprender la trascendencia de su derrota, dio al día siguiente a los pueblos del Perú y de Bolivia una proclama, en la cual aseguraba que el ejército vencido en Yungay no se había perdido todo; que sus numerosos restos marchaban reunidos a ocupar el valle de Jauja; que el ejército del centro y del sur se conservaban intactos y presentarían al enemigo nuevas huestes vencedoras, mientras las fortalezas del Callao contenían todos los elementos necesarios para asegurar la independencia del Perú. "Una insigne traición (decía) estallada en los momentos del combate, ha sido el desgraciado acontecimiento que nos priva hoy del triunfo, dándolo a nuestros pretendidos conquistadores" (28). Santa Cruz repi-

(28) Fue ésta una gran calumnia levantada por Santa Cruz y tal vez por algunos de sus secuaces al coronel boliviano, más tarde general Guilarte. Este miserable recurso de buscar y designar un gran traidor para explicar la derrota de un ejército, de un país entero a veces, salvando su honor y su prestigio, no produjo esta vez el menor efecto, pues nadie creyó en tal traición, y el mismo Santa Cruz no se atrevió a repetir y sostener este injusto cargo. Sólo *El Eco del Protectorado*, en su postrer número de 28 de enero de 1839, se atrevió a reproducir y aun detallar dicha falsedad. El editorial del indicado número refiere y comenta a su manera el suceso de Yungay. Supone que el ejército protectoral en víspera del combate estaba reducido a 4.052 hombres, mientras el chileno subía a 5.000. Dice que el Protector, después de una marcha de más de cien leguas para aproximarse al chileno, no creyó prudente atacarlo en sus inexpugnables posiciones de Caraz y prefirió detener su marcha, reforzar su ejército y *suspender la campaña* hasta mejor ocasión, y con esta mira marchó a Yungay y para observar más de cerca al enemigo. Considera que la posición del ejército protectoral en Yungay excelente e inexpugnable; pero que *la inexplicable cobardía* del coronel Guilarte, al abandonar ante un puñado de chilenos (37 por todos) un puesto que era como la llave de la posición general y estaba defendido por 700 hombres, puso la victoria del lado de los chilenos. Expresa, además, que la infantería protectoral no correspondió a su fama, mientras la caballería con Morán se condujo admirablemente. Por lo demás, repite las esperanzas de triunfar al fin del enemigo, dados los mil elementos de resistencia que aún restan al Perú.

Algunos al leer talvez este artículo de *El Eco del Protectorado*, han creído

tió en esta ocasión su eterna cantinela contra la política de Chile, diciendo: "Los enemigos, que pretextaron como exclusivo objeto de la invasión mi autoridad y el sistema confederado, se han descubierto al mundo dando pruebas irrefragables de que sólo quieren esclavizaros y hacerse los señores de vuestro suelo". Y concluía con estas palabras: "La constancia, unida al patriotismo, asegura el triunfo, que os anuncio hoy con nuevos motivos de confianza".

Pura disimulación y puro artificio eran estas palabras, pues en el momento en que las pronunciaba el Protector, ya que no considerase enteramente perdida su causa, no podía menos de sentir el vacío en torno de sí y acumulados sobre su cabeza peligros sin cuento. ¿Qué efectos debía producir el desastre de Yungay en la disciplina y en la moral de las fuerzas que aún le quedaban en el sur del Perú y en Bolivia? ¿Cuál sería la opinión, cuál la actitud de estos pueblos? Pero por mucho que esta consideración abatiese el ánimo de Santa Cruz, sus antecedentes, su honor, su despecho mismo le aconsejaban acercarse y tantear a esos pueblos y a esas fuerzas que aún parecían estarle sumisos. Determinó, pues, marchar al departamento de Arequipa, donde siempre había encontrado apoyo y partidarios.

En la misma noche de su llegada a Lima, Santa Cruz, temeroso de un pronunciamiento popular, llamó la columna del general Vijil, que estaba en Miraflores. Al día siguiente se trasladó al Callao; allí revistó la guarnición y dijo a sus jefes que se proponía ir al sur con el objeto de reunir las fuerzas disponibles para emprender de nuevo contra los chilenos, y que si a la vuelta de tres meses no tuviesen noticia de triunfos alcanzados por las armas protectorales, podrían capitular salvando la honra nacional.

---

que Guilarte combatió al lado de Quirós y sus soldados en la cima del Pan de Azúcar (Véase *Historia de la Campaña del Perú en 1838).* En nuestro concepto, el combate en que, según *El Eco del Protectorado,* Guilarte cedió el terreno a 37 chilenos, no fue otro que el encuentro en que el Aconcagua batió una columna o cuerpo enemigo que para proteger la guarnición de Pan de Azúcar se situó en la garganta que media entre este cerro y Punyan.

El general Riva Agüero entre tanto, como Presidente del Estado Norperuano, hizo que se reunieran en Lima (26 de enero) el cabildo eclesiástico, los tribunales y algunos padres de familia para que firmaran una acta concebida en términos generales y evidentemente tímidos en su forma y tono, en la cual protestaban insistir en su propósito de permanecer independientes de España y *de todo poder extranjero*, y estar persuadidos de que el supremo gobierno que regía los destinos del Perú sólo anhelaba el mismo objeto, es decir, la independencia. Pero ese mismo día Riva Agüero abandonó a Lima y se embarcó en el Callao con algunas personas de su séquito, entre ellos los generales Miller y Necochea.

Poco después (el 28) Santa Cruz dejaba también a Lima, confiada a la custodia militar del general Vijil, delegado de Riva Agüero para conservar el orden. Morán, que con unos pocos oficiales acababa de llegar al Callao, se hizo cargo de defender la plaza.

El 11 de febrero llegó a Arequipa la noticia de la batalla de Yungay que, como era natural, produjo una gran excitación en el pueblo y dio pie a comentarios nada favorables a la honra militar de Santa Cruz. Pero las autoridades de Arequipa se mostraron circunspectas y el general Cerdeña, que allí se encontraba al frente del batallón Cuzco, era todavía una garantía del orden protectoral, puesto que estaba íntimamente ligado al Protector y tenía la reputación y el prestigio de un hombre valentísimo y leal. Gracias a esta circunstancia, pudo Santa Cruz llegar el 14 de febrero, sin gran zozobra, al seno de aquel pueblo quisquilloso y apasionado, y aun ser recibido con un simulacro de aplauso popular que unos pocos amigos y partidarios le prepararon.

"Toda la población (dice un periódico de aquel pueblo y de aquel tiempo) (29) recordó que en igual día, a la misma hora y por el mismo camino habría entrado prisionero y derrotado el general Salaverry; circunstancia que se consideró de fatal agüero para Santa Cruz, y de feliz aviso del cielo para la libertad del

(29) *El Republicano* de 26 de febrero de 1839.—Véase *El Mercurio* de Valparaíso de 18 de abril del mismo año.

Perú. Concurrieron de igual modo otros pronósticos que, aunque despreciados por los filósofos, son de gran influencia en el vulgo. El 19 por la tarde cayó un rayo a distancia de una cuadra de la casa donde se alojó Santa Cruz, y que derribo un álamo que se levantaba con orgullo... Este suceso llenó de asombro a la población, en cuyas antiguas tradiciones no se encontraba ejemplo alguno de rayos caídos sobre ella"...

El mismo día 19 por la noche se tuvo noticia en Arequipa de los pronunciamientos revolucionarios de Bolivia y Puno, que derribando por su base la Confederación y el régimen protectoral, arrebataron a Santa Cruz su última ilusión y su postrera esperanza, y lo indujeron a renunciar al mismo tiempo el protectorado de la Confederación y la presidencia de Bolivia. Dimitió, en efecto, al día siguiente ambos cargos expidiendo dos decretos en cuyo lenguaje supo emplear el laconismo y el reposo de la dignidad, mas no sin encargar todavía a los gobiernos que aún suponía dependientes de su autoridad en Bolivia y en el Estado Sudperuano, la conservación del orden social y el continuar en el ejercicio de sus atribuciones conformes a las leyes (30).

(30) He aquí dichos decretos. "Andrés Santa Cruz etc., etc., etc...

Considerando: Que los recientes acontecimientos ocurridos en Bolivia y Puno exigen de mi parte que todo lo sacrifique al deseo de evitar a los pueblos la guerra civil y las calamidades que trae consigo, decreto:

"Art. 1°. Me desprendo desde ahora de la autoridad que legítimamente ejercía sobre los Estados de la Confederación.—Art. 2°. En el Estado Surperuano el gobierno general y las autoridades locales quedan encargadas de mantener el orden social y de conservar la tranquilidad pública con arreglo a las leyes, hasta tanto que la representación nacional resuelva lo que estime conveniente acerca de la suerte del país.

Dado en la casa del gobierno en Arequipa, a 20 de febrero de 1839. *Andrés Santa Cruz.*—El Ministro del Interior.—*Casimiro Olañeta*".

"Considerando que el trastorno del orden legal efectuado recientemente en Bolivia, demanda que se remueva todo obstáculo al establecimiento de la tranquilidad y al imperio de las instituciones, base de la felicidad pública, decreto:

Art. 1°. Dimito la autoridad de que legítimamente estaba investido como Presidente de Bolivia.—Art. 2°. Por lo de más, no debe padecer alteración

Con la noticia de esta doble renuncia el pueblo, agitado por un fermento extraordinario, resolvió deliberar sobre su suerte y en una reunión celebrada en el templo de San Agustín acordó pedir a Santa Cruz la fuerza que aún le rodeaba. Santa Cruz accedió a la demanda; pero Cerdeña, que comprendía el peligro de poner la fuerza armada a disposición del pueblo amotinado, se propuso eludir la entrega del batallón Cuzco, con simples ofrecimientos. Un grupo de revolucionarios detuvo entonces a Cerdeña en la casa consistorial y no le permitió salir hasta que prometió bajo su palabra de honor entregar la fuerza, pero después que Santa Cruz se hubiera retirado. Entre tanto otro grupo de amotinados se apoderaba de las caballerías del regimiento Lanceros.

Los corifeos del motín manifestaban con insistencia a Cerdeña que ni él, ni el general Santa Cruz necesitaban de la fuerza, pues nada se intentaba contra ellos. Lo cierto es que al fin el pueblo se propuso tomarse el batallón Cuzco, y entonces aparecieron armados como dos mil hombres y se echaron a vuelo las campanas de la ciudad. Con lo cual intimidado Santa Cruz salió de su casa, a pie y rodeado del batallón Cuzco, mientras algunos de sus amigos hacían entender al pueblo y le prometían que luego iba a volver. Santa Cruz montó a caballo en un arrabal de la ciudad y prosiguió su camino a Tingo Grande, donde pasó la noche. En la madrugada del 21 pasó con su comitiva a Congata y en la tarde siguió el viaje sobre Islay. Pero a dos leguas de Congata se sublevó el batallón, que marchaba forzado. Trató de contenerlo una compañía del mismo que escoltaba al ex Protector. Pero este intento fue vano, la compañía cedió abandonando al general Santa Cruz, que escapó a tiempo con Cerdeña y otros pocos que con él huían. En este motín pereció, por quererlo refrenar, el jefe del batallón Cuzco coronel Larenas.

---

alguna el sistema constitucional, y el gobierno de la República continuará en el ejercicio de sus atribuciones conforme a las leyes.—*Andrés Santa Cruz*.—El Ministro de Gobierno.—*Casimiro Olañeta*".

La fuerza retrocedió desordenada y por pelotones a Arequipa, donde se mezcló al pueblo que celebraba ufano y entusiasta la caída de la Confederación y su vuelta a la independencia política. Al frente de Arequipa había quedado como prefecto un hombre de carácter y de cualidades propias de un caudillo popular, don Pedro José Gamio, antiguo enemigo de la Confederación y del Protectorado, a quien, sin embargo, Santa Cruz, cediendo a las exigencias de un tumulto, había conferido el indicado puesto poco después de su arribo a la ciudad de Arequipa (31).

En llegando a Islay Santa Cruz se dirigió precipitadamente a la casa del vice-cónsul de Inglaterra don Tomás Crompton, a quien había escrito ya desde Arequipa previniéndole el caso probable de requerir sus buenos oficios y de asilarse en la *Samarang*, barco de guerra británico, surto a la sazón en dicho puerto. Crompton recibió al ex Protector con la consideración que se debe a la amistad y al infortunio, y de acuerdo con el capitán de la *Samarang*, hizo desembarcar un piquete de cincuenta hombres de la tripulación para la seguridad del consulado y de sus huéspedes. No tardó en presentarse un oficial con doce soldados que el prefecto Gamio se apresuró a destacar en persecución de Santa Cruz tan pronto como tuvo noticia de lo que a éste había ocurrido en su camino. Pero la comisión de esta pequeña fuerza quedó burlada.

(31) *El Republicano*, número citado.—Este periódico alabó la moderación del pueblo arequipeño en todas sus manifestaciones desde la llegada de Santa Cruz derrotado, hasta su huida. Tal testimonio del periódico de Arequipa, al que debemos suponer bien informado y sabedor de lo que dice, contrasta con otras relaciones de distinta fuente según las cuales, el pueblo de Arequipa impuso a Santa Cruz crueles humillaciones, despedazando en su presencia la bandera de la Confederación y obligándolo a proferir vivas al ejército restaurador, a Chile y el general Bulnes. El mismo Gamio, que acaudilló el movimiento de Arequipa y fue proclamado prefecto del departamento, refirió estos incidentes en cartas privadas (véase Historia de la campaña del Perú en 1838), prestando, a nuestro entender, ligero asenso a chascarrillos y decires que llegaron a sus oídos y que tan fácilmente se discurren y circulan en momentos de crisis y perturbación política.

Santa Cruz acompañado de Crompton y escoltado por los tripulantes de la *Samarang*, se dirigió a este barco, que lo recibió respetuosamente y lo condujo luego al puerto de Guayaquil (32).

(32) La intervención del vice-cónsul Crompton y de la fuerza de la *Samarang*, para salvar a Santa Cruz en Islay, fue enérgicamente protestada por el prefecto de Arequipa don Pedro José Gamio, quien dirigió a dicho Crompton con fecha 26 de febrero de 1839, un oficio fulminante, donde, entre otras cosas, le dijo: "Yo por mi parte no puedo considerar a usted sino como un enemigo de mi gobierno, como asociado a los enemigos del Perú y como violador e invasor del territorio peruano. Sería pues ofender el honor de mi nación y de su gobierno conservar relaciones de ningún género con usted y tratarlo con el carácter de vice-cónsul... Será usted mirado por este gobierno como un particular y sin que se le permita el uso de la bandera que ha manchado con su conducta"...